1

Stabilitas loci

El verano había terminado y ninguna de sus promesas se había cumplido. Y para recordarlo allí estaba aquel mar frío, estético y gris. Lo hacía toda la noche, todo el día, rompiendo. Un sonido en el que Pablo flotaba cada mañana cuando el despertador zumbaba a las siete e iba desnudo al cuarto de baño para echarse agua a la cara y orinar. Luego se enrollaba una toalla a la cintura, bajaba a la primera planta, apartaba los estores, abría la pared acristalada del salón y salía a una pequeña terraza enlosada con grandes lajas de piedra, ocupada en su centro por una mesa de forja bordeada por sofás de mimbre con cojines. De inmediato un fuerte olor yodado, y el frío, vivificador, que erizaba su piel y le obligaba a respirar con fuerza y ejecutar violentos molinetes con los brazos. A cambio de su recia caricia, el paisaje a su disposición era una de esas profundas y sutiles recompensas de las que cada mucho tiempo te proveía la vida: un horizonte de agua pesada en tonos índigo y gris que se prolongaba en una soldadura perfecta con el cielo. Toda la perspectiva era magnética, la isla entera lo era, pero en especial su oriente; emanaba una sustancia mesmérica que provocaba en sus visitantes los mismos efectos que una tierra de lotófagos. La cabeza se iba, los músculos se relajaban, la voluntad se suspendía. Por eso Pablo efectuaba cada mañana aquel severo ritual, una demostración de firmeza que cortase cualquier indolencia, y que prolongaba bajando los escalones que desde la terraza seguían la inclinación de la costa en zigzag, entre resaltos ajardinados y trozos de manguera, hacia una

segunda terraza donde había una tumbona y una sombrilla clavada en un dado de cemento. A partir de ahí tenía que saltar el murete que separaba su propiedad de una zona inculta, encadenando el descenso en un continuo de matorral y piedra hasta el mar.

El agua se deshacía en estallidos blancos contra los grandes cubos de hormigón colocados para retrasar el desgaste del salitre. Muchos de ellos estaban pintados de vivos colores, figuras geométricas, palmeras, rostros… Los grafiteros habían aprovechado bien todas aquellas superficies limpias y uniformes. Pablo saltó de unos a otros con precaución, encogiéndose para bajar su centro de gravedad. Cuando llegó al borde de agua, respiró profundamente la mezcla de sal y yodo, se desenroscó la toalla, la puso a resguardo del viento y así, con el culo al aire, dio un salto agarrándose a las rodillas. El shock térmico de la zambullida hizo que su sangre se agitase vigorosamente; emergió y comenzó a nadar en paralelo a los cubos, utilizando toda la extensión de sus miembros en cada brazada. Le gustaba nadar, había un componente narcótico en ello; cuando el oleaje era más suave avanzaba en línea recta, mar adentro, y llegado un punto el esfuerzo, la hiperventilación y el vaivén del agua tenían un efecto estupefaciente que le incitaba a seguir avanzando hasta la extenuación, hasta la dulce muerte. Suponía que el hechizo de las sirenas se basaba en un mecanismo similar. Pero con aquel mar de fondo y el frío eran suficientes veinte minutos de ejercicio para activarse por completo. Finalmente se afirmó con manos y pies a uno de los bloques, se subió, recogió la toalla y se secó con energía.

Desde su llegada se había entregado al placer de nadar desnudo; aquella parte áspera de la costa no atraía a

la gente, y aunque hubiese algún aventurero no aparecería durante meses, hasta que la isla volviese a ser ocupada por su población estival. Ni siquiera volvió a enroscarse la toalla, le excitaba permanecer allí, contemplar la piel helada del mar, su horizonte únicamente roto a la izquierda por una pequeña y abandonada plataforma de perforación fruto de una inesperada fiebre del oro negro que infectó la isla en los sesenta, y que a la postre resultó demasiado optimista. Frente a ella se divisaba la única playa de aquella zona, una franja estrecha y alargada de arena oscura en la que el viento, con una de esas caras redondas de las cartas marinas, soplaba extraños dibujos sobre las partículas. Pablo se dio la vuelta y contempló el panorama que disfrutaría cualquier habitante marino que asomase sus agallas entre las oscilaciones del agua: en primer plano los tocones del cabildo delimitando lo edificable y, tras ellos, las fachadas clónicas de una urbanización, adosados de dos plantas con largas y sinuosas manchas de jardines calcificados, unos estrechos y otros más anchos fruto de la unión de dos casas con espacio suficiente para albergar una piscina. Aquélla era la parte plebeya de la cala, los pudientes se escoraban a la izquierda, solitarias casas de diseños clásicos o geometrías extravagantes, en todo caso suntuosas. Había días en que, con la luz adecuada, el conjunto le parecía una perversa heterotopía de Piranesi.

Los alfilerazos del frío en su piel eran ya intensos; tiritando, se desplazó sobre los cubos, y luego siguió costa arriba, entre vegetación dura, adaptada en invierno al viento constante, a la sal, y en verano a un sol despiadado. Saltó el murete, subió corriendo los peldaños y entró en el salón con la urgencia de una ducha, agua muy caliente, casi hirviendo, que prolongó la plenitud del instante. Se secó y se enfundó en un viejo chándal gris lleno

de roces y enganches, se puso un par de calcetines y calzó unas pantuflas que le quedaban grandes. En la segunda planta, su habitación, un cuarto de invitados, el baño; escalera abajo, otro cuarto de baño, un trastero, un salón… Entró en la cocina americana y puso el café a hervir mientras preparaba un par de tostadas con mermelada de albaricoque. El líquido oscuro burbujeaba y ascendía por la cafetera, denso, oloroso. Mordisqueó las tostadas. Le gustaba comer mirando al mar. Llevaba tres semanas en aquella urbanización desierta, en la cala más retirada que había podido encontrar en la isla. Los alquileres fuera de temporada eran lo suficientemente atractivos como para decidirse a cumplir con el cliché del escritor exiliado en una destartalada cabaña en medio del bosque. Qué obstinadas eran las antiguas imágenes de libertad e independencia, pensó, cómo perduraban en el hombre aunque tras ese pretendido despojamiento y esa austeridad le aguardase todos los mecanismos de seguridad globales. Llenó una taza, revolvió un par de cucharadas de azúcar moreno y dio un sorbo. El plan, sí, la pretensión, el propósito. Imaginó uno: estaba casado y a su mujer le había explicado que llevaba un tiempo estancado; la confortable esclavitud de la escritura le había vuelto más hábil, pero no mejor. Escribir, hacerlo de verdad, significaba avanzar sobre una capa finísima de hielo que en cualquier momento podía resquebrajarse bajo sus pies, y hacía demasiado que caminaba sobre duro y predecible asfalto. Marta —podía llamarse así— y él llevaban juntos el tiempo suficiente para que su *entente cordiale* permitiese tales apaños, así que acordaron que ella mantendría el timón de la nave mientras él retozaba por los verdes pastos del Helicón, morada de las musas. Sus magros ingresos se com-

pensaban con el salario como anestesista de su mujer, y el teléfono era un buen sucedáneo de intimidad. La ausencia de críos facilitaba las cosas. No obstante, y sin que aquella premisa perdiese validez, la realidad era que también necesitaba estar solo. Sin vínculos, sin obligaciones, sin identidad pública. Vigorosamente solo. Para frecuentar la melancolía, la extrañeza. Era la *stabilitas loci*, la antigua ley que impedía a los monjes trapenses y cartujos abandonar sus monasterios una vez tomados los hábitos; no podían hablar, se comunicaban por signos, se levantaban antes del alba y habitaban un mundo cíclico, estático, un calendario litúrgico que se desplazaba por el tiempo en grandes círculos, en eterna repetición.

Terminó el café, lavó el plato y la taza y fue a sentarse frente a la mesa de metacrilato que señoreaba el salón. Abrió el portátil y mientras se encendía hojeó alguno de los libros que se apilaban alrededor y perdió la vista en el mar que chapaleaba. Cuando pudo abrir el archivo de la novela se quedó mirando la pantalla; allí estaba aquella página que soñaba con contener una obra maestra, aunque de momento sólo contenía un título y la lista de la compra. La copió a mano en una libreta, borró con el cursor y subrayó el título en negrita. Debía escribir un texto capital, algo que diera sentido a la existencia. Se estaba poniendo demasiado teatral. Comenzó a teclear. Trabajó hasta cerca de las doce con las inevitables pausas y remoloneos. En ningún momento apareció la extraña magia que da a luz lo profundo y arrebatador, el gran arte ruinoso y delicado. No obstante, la fe de Pablo en la tierra prometida permanecía firme.

—No te preocupes —dijo en voz alta.

—No te preocupes —repitió—. Ya llegará.

Cerró la sesión y decidió llamar a Marta. La pausa durante los tonos del teléfono le permitió recrear la conversación que seguiría, un éter en el que se dirían palabras no ya de amor, sino de una lealtad mucho más preciosa con el paso de los años: esa ceremonia que sustituye al calor. Habían aprendido hace tiempo a no sentirse decepcionados al ver a su pareja tal como era, y podía imaginarla con el pelo recogido en una coleta, su perfil fuerte y atractivo, sus labios color terracota, sus pechos adorables; sin ser hermosa Marta tenía ese aire a Meg Ryan antes de entrar en decadencia, su misma inseguridad impostada. Colgó sin haber podido hablar con ella. Un párpado le latió con insistencia. En ese momento sonó la cisterna, como una catarata; se descargaba aleatoriamente y no había encontrado la forma de arreglarla.

Estuvo leyendo hasta la hora de comer. No tenía ganas de cocinar, así que raspó a fondo unas latas y abrió una cerveza. Echaba de menos la grasienta comida china que en ocasiones encargaba en Madrid. En la isla iba al pueblo una vez a la semana para hacer la compra y, si acaso, tomarse algo en el bar. Era su único contacto con la humanidad. Más tarde decidió echar una pequeña siesta y prosiguió la lectura tirado en el sofá. De vez en cuando echaba una ojeada al salón ocupado por cajas, un par de ellas con botellas de vino y el resto llenas de libros. Tantas páginas fruto de fuerzas antitéticas, de contradicciones insolubles; vidas triviales que desean con desespero grandes dramas, sacrificar a nuestros hijos, acostarnos con nuestros padres, decapitar a nuestros enemigos, ser descendientes de reyes destronados. Nuestra alma de folletín.

El cielo tenía la grisura psicoanalítica de una película sueca; una bruma de olor metálico había descendido sobre el paisaje. Salió al centro de un patio que compartía con tres adosados más donde estaba aparcado el Opel de alquiler con el que se movía por la isla. Trotó y saltó unos minutos sin moverse del sitio; la urbanización giraba alrededor de una rotonda con vistas marinas o hacia la sierra, una colección de montebajo, pinares, lavanda, enebro, lentisco, romero y recorrido por caza menor. Justo cuando empezaba a correr, sonó el teléfono en la casa; se detuvo sin dejar de dar pequeños botes, dudaba si regresar pero decidió que era preferible no enfriarse. Dio la vuelta a la rotonda, que tenía una salida hacia la playa y otra hacia el pueblo, a unos pocos kilómetros. En esa dirección, la carretera tenía otro par de desviaciones, una hacia un bosque y la otra hacia un circuito paralelo que dibujaba extrañas caligrafías y terminaba en vías de acceso a los chalés. Finalmente moría en un *cul-de-sac* con atalaya. Pablo mantuvo el ritmo y recorrió *Beverly Hills*, como lo había bautizado, mientras admiraba las espectaculares casas, algunas todavía con hormigoneras, plumas de pequeñas grúas y andamios. Persianas, garajes, verjas… todo estaba cerrado; los rumores hablaban sobre los posibles propietarios, diseñadores, banqueros, actores… pero Pablo no tenía certezas, aunque lo cierto era que los contactos con los nativos se habían limitado a una cerveza en el bar o a charlas insustanciales en el supermercado. Mantenía siempre el mismo ritmo de carrera, más lento en alguna cuesta, y los únicos seres vivos que solía encontrar eran alguna vaca ensimismada en el sonido de su cencerro o, en raras ocasiones, algún vecino. Correr

le proporcionaba un chute de bienestar, una vaga sensación de esperanza. Llegó hasta la atalaya, subió al pequeño púlpito de hormigón; sin detener el trote contempló el mar, el catálogo infinito de sus formas. Luego retomó la carrera siguiendo el circuito hasta la carretera del pueblo, zancadas firmes, constantes, mientras aspiraba el fuerte perfume a resina de los pinares, el acebuche, el brezo. De regreso a la urbanización pasó frente a uno de esos bosques oscuros que inspiran cuentos y leyendas, y que ascendía hasta el altozano coronado por una ermita. Aún no había explorado esa posibilidad, quizás cuando se cansase de su circuito. Entró de nuevo en la rotonda, la rodeó y continuó hacia la playa. El asfalto se transformó en una lengua de cemento que descendía hasta un chiringuito cerrado, rodeado por un esqueleto metálico en forma de cubo para los toldos. Desde allí se accedía a la arena por una pasarela de finos listones de madera que se enterraban hacia el primer tercio de playa. Pablo se detuvo en la arena y se empleó en una serie de ejercicios violentos, amagando como un boxeador, saltando, driblando. Finalmente se quitó las zapatillas y los calcetines y se acercó a la orilla. La arena estaba húmeda y fría, un bálsamo para sus pies que casi suspiraron de placer cuando los sumergió en el agua helada. Cuando ésta se retiró, quedó enterrado en dos pequeños hoyos. Allí permaneció, con las manos en la cintura, aspirando el salitre, y se dejó atravesar por el yodo. Frente a él, la fina silueta de la plataforma, gaviotas suspendidas en el aire que saltaban de una corriente a otra. Cuánto tiempo hacía que nuestros ancestros divergieron, pensó, unos comenzaron a caminar y otros siguieron volando: yo podría estar en su lugar. Sacó los pies de los hoyos; se encaminaba hacia las zapatillas

cuando algo llamó su atención. Huellas. Salían del agua unos metros más allá de donde él se había puesto a remojo. Siguió su ritmo con la mirada, adentrándose en la playa; anduvo a su lado unos metros, pero no tenían retorno, como si alguien hubiese salido directamente del mar. Lo más probable era que la trayectoria anterior hubiese sido borrada por la marea, pero le gustaba pensar en algún ser prodigioso, un ahogado cubierto de algas de película serie B. No obstante, cuando al poco descubrió aquella singularidad, ya no supo qué pensar: a intervalos irregulares aparecía una marca circular del tamaño de un plato, a izquierda y derecha de las huellas, a veces incluso encima. El viento le hizo estremecerse y decidió volver a casa.

Todo había sido devorado por la noche. En su interior sonaban las continuas detonaciones de la marea. El viento soplaba con fuerza. Pablo había regulado la calefacción, encendido un par de velas, puesto una música suave y eviscerado y cocinado un pescado. También había abierto una botella de vino. Igual que si esperase a una amante. Ante un plato con restos, ahora disfrutaba de las últimas copas mientras su figura se reflejaba en los paneles del salón, rodeado de puntos de luz. Aquel vino estaba vivo y, como todo ser vivo, cuando lo abrías tenía su punto álgido, que irremediablemente se iba desplazando hacia su declive. Cuando colocó la copa sobre una de las ediciones baratas de Taschen, sonó el teléfono.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó su «esposa».

—Bien, ¿y tú?

—Echándote de menos. ¿Has trabajado mucho?

—Bastante. Yo también te echo de menos. ¿Y cómo te ha ido hoy en el curro?

Ella desgranó el consabido catálogo de quejas y agravios, mezclados con diminutivos y vaguedades. Aquel diálogo era tan parte de su vida como respirar o beber.

—¿Cuándo vendrás? —preguntó Pablo.

—Estoy arreglando un par de días, parece que a todo el mundo le ha dado por marcharse estos meses.

Hubo un silencio. La oyó bostezar. Pablo dudó si contarle su descubrimiento en la playa, pero optó por callar.

—Bueno —dijo ella—, me tengo que acostar, me levanto temprano.

—Claro.

—Tú también deberías acostarte.

—En breve, no te preocupes.

—Que descanses.

Después de colgar, el silencio de la habitación pareció agrandarse. Pablo sufrió una oleada de indolencia, de tristeza. Bebió un largo trago y llenó la copa. Con ella en la mano, abrió el panel de cristal y salió a la terraza. Frío húmedo, del que se queda a vivir en los huesos. En la oscuridad apenas podía distinguir la perspectiva de las casas más cercanas. A base de sorbos se le ocurrieron un par de ideas para la novela, sencillas, incisivas. Terminó su vino y entró. A los pocos minutos de haber apagado la última vela, en una de las casas se encendió una luz.